LA NOVELA BLANCA



EL OCULTO AMOR

POR

Mariano Sanchez de Enciso.

30 cts.

MEZQUITA

EL OCULTO AMOR

NOVELA DIALOGADA

JORNADA PRIMERA

(Comedor desordenado de casa modestísima: una de esas habitaciones que todo lo sintetizan en los hogares de la miseria vergonzante madrileña. Al foro, una puerta. Un piano viejo y desvencijado en un ángulo. En el otro un aparador. Una mesa en el centro. Algunas sillas de diversas cataduras.)

(Carmen, sentada junto a la mesa, haciendo una labor. Trini y Rafael algo apartados, en pie, cuchichean.)

Trini.—¿Le traerás?

Carmen.—Pero ¿qué nuevo capricho es ese?

Trini.—Di, ¿le traerás?

Rafael.—Sí, mujer, le traeré. ¿Estás ya tranquila?

Trini.—Qué complaciente eres. ¿Verdad, Carmen? Ganas tenía de verme junto a uno de esos hombres que desafían impasibles, como los gladiadores romanos, la muerte. Han de tener el corazón distinto del de los otros hombres.

Rafael.—No lo creas, chiquilla. Es cuestión de inclinaciones, de atavismo, de ambiente. Hombre de esos hay que se asusta de una cucaracha y no titubea en arrostrar el peligro ante una fiera. Haylos con más supersticiones que una gitana y unos arrestos incomprensibles ante los toros...

Trini.—Algo tendrá ello de extraordinario cuando tanta gente, señores encopetados, célebres escritores, títulos linajudos, damas hermosas y elegantes, se disputan el honor de mimarles y agasajarles. Así sucede en «Sangre y Arena».

Carmen.—De una barbotada soltaste toda tu erudición.

Trini.—¡Bah! ¿Por qué no te haces torero, Rafael?

Carmen.—¡Ah! Se trata de un torerito.

Trini.—Eso.

Rafael.—Ni en serio ni en broma, sabes lo que te dices.

Trini.—Gracias, señor preceptor.

Rafael.—Si tu pensamiento de mariposa, con los tornasoles de tus caprichos, pudiera penetrar en los minutos de agonía de las pobres familias de esos hombres que nos entretienen y regocijan con su peligro... Nuestros fieros instintos traman la amargura de esas pobres mujeres que dieron el corazón al ídolo de la multitud, puestas de hinojos ante el santo de su devoción, mientras, ciega, aletea la muerte, pendiente de un descuido del... gladiador, y revienta el dolor allí, en la plaza, y allá, en el hogar santificado por el cariño, dolor impalpable a nuestros sentimientos. (Transicion.) No, no os vayáis a figurar que se trata de un astro de primera magnitud. Nuestro hombre comienza ahora, con denuedo y coraje, con ganas de «cartel», pero apenas se le conoce todavía. Todas las profesiones tienen un áspero camino que culmina en la celebridad o en el fracaso, y el sendero de la fama es muy espinoso. Tendrá este muchacho que

hacer algunas «barbaridades», que jugarse la vida, para que la gente se fije en él. Su madre fué mi nodriza, razón poderosa para que yo le estimule y aliente. (Dirigiéndose a Carmen.) Trini me había oído hablar de «Ojitos», que así se apoda mi hermano de leche; y como sus caprichos son órdenes draconianas, al fin me ha comprometido a que os presente al diestro. (Más bajo a Trini.) Me habías de pedir la luna, y escalaría el cielo para robarla; me habías de pedir el corazón para hacerlo tu acerico, y me lo arrancaría del pecho.

Trini.—¿A que te pillo la palabra? ¿Qué dices tú a todo esto, madre abadesa?

Carmen.—De la resignación de los demás sacas tus donaires, tu regocijo de la prudencia ajena. ¿Qué me dirías si me opusiera al logro de esa pretensión?

Trini.—(Con mimo.) Vamos, no te vayas a enfadar ahora. ¿Qué mal hay en que vengan a casa personas decentes, si ampara nuestra reputación la presencia de Rafael? Voy a prevenir a las vecinitas. (Ante un gesto de contrariedad de Carmen.) No, sólo a las hijas del comandante. ¡Poco contento que van a recibir Teresa y Amelia con la noticia de la pre-

sentación del diestro! Veremos si alguna de las dos se encomienda algún día a la Corte celestial (Imitando la voz de Rafael) «mientras aletea, ciega, la muerte pendiente de un descuido del gladiador, y revienta el dolor en la plaza y en el hogar, dolor impalpable a nuestros sentimientos.» ¡Ja, ja, ja! Os dejo solos. Por Dios, no me cortéis un sayo. Mirad que os lo conocería después en el blanco de los ojos. Ojito, eh. ¿Veis? Salió, sin pensarlo, el nombre del diestro. Tenemos que empujarle, Rafael. Que suba, que se haga famoso, que se disputen, como trofeos inapreciables, sus zapatillas los duques y los marqueses. Cuidado con faltar a la palabra, Rafael. No te lo perdonaría. (Vase riendo.)

Carmen.—¡Qué criatura! Y pensar que ese mismo carácter es, al par que incentivo a mis preocupaciones, rayo de sol, cascada de luz que iluminan las tenebrosidades de nuestro abandono. ¡Ah, Rafael! ¿Qué sabes de mi padre? Tres días hace que no parece por esta casa. ¿Le ves en la oficina? ¿Revela su semblante el rubor de su conducta? Devanando el hilo de mis cavilaciones se forma la urdimbre de mis amarguras.

Rafael.—Como todo en la vida, también vuestra situación tiene sus compensaciones. Frente al desvío de tu padre está mi adhesión, el afecto hondísimo que os profeso. Frente al temperamento alocadillo de Trini, está tu carácter serio y reflexivo. Inútil es que nos opongamos al estallido seco de estos contrastes que nos hieren en el corazón. El abandono en que os deja tu padre es acicate y estímulo a mi vigilancia y cuidado por vosotras. Viera yo que vuestra reputación peligraba lo más insignificante, y tiempo me faltara para adoptar una resolución en contra de ese peligro. ¿Quieres relevarme de este madrigal que pugna por salir a los labios, que anhela nuevas situaciones, apretados los lazos de la intimidad y el afecto?

Carmen.—Nuestra gratitud, no lo dudes, corresponde dignamente a tu noble conducta. Efectivamente, ¿vas a traer a ese torero?

Rafael.—¿Qué mal hay en ello? No traerle sería mi sentencia de muerte. ¿Te resulta ello enojoso?

Carmen.—Presentada por ti, toda persona tiene franca acogida en esta casa.

Rafael.—Pues entonces, hasta muy pronto.

Carmen.—(Sola.) Digno, apuesto, generoso. Todas esas condiciones le adornan y merece todas las dichas de la vida por su generosidad, por su caballerosidad, por su nobleza. Sí, Dios mio; todas las dichas, todos los triunfos: gustar con embriaguez la copa llena de la ilusión y la esperanza y hallar todos los halagos y todas las satisfacciones y todo el bien que su alma merece. ¿Y se hallará con la desilusión por pago de todas esas bellas cualidades?... Todo está compensado en esta casa menos esto, que es un sarcasmo y una terrible ironía. Rafael locamente enamorado de Trini; Trini locamente enamorada de sí misma, y yo... yo ¡Dios mío!... yo... (Se lleva las manos al semblante como si pretendiera recatar de sí misma el rubor y el llanto.)

(Irrumpen bruscamente Trini, Amelia y Teresa.)

Amelia.—Aquí está la muy picarona. (Abrazando a Carmen.) ¿Has llorado?

Carmen.—He picado cebolla.

Teresa.—¡Querida Carmen!

Amelia.—(Reanudando una conversación con Trini.) ¿Y es famoso el torerito?

Trini.—Hija, regular, de una fama regular.

Pero dice Rafael que su celebridad actual es lo de menos, porque esa gente en una tarde hace el pedestal de su fama. A éste le apodan «Ojitos». Como si dijéramos: su nombre de guerra.

Amelia.—¡Jesús! «Ojitos».

Trini.—El apodo es lo de menos.

Carmen.—Para ti todo es lo de menos: la celebridad, el apodo. Con que nos resulte un cernícalo, como temo, el tal torerito...

Trini.—(A Teresa.) No te vayas a enamoriscar de «Ojitos», Teresilla...

Teresa.—¡Qué loca eres!

Amelia.—(A Trini.) Vamos, ya que tan enterada estás de todas estas cosas, sácame de una duda: ¿para qué gastan coleta, como los chinos, los toreros?

Trini.—Hija..., pues verás... gastan coleta... para cortársela cuando quedan mal. (Se dirige al piano y hace unas escalas.)

Carmen.—Conviene que sepáis que se trata exclusivamente de un capricho de Trini. Ni Rafael parecía muy dispuesto a traer ese torero, ni a mi me halaga tampoco mucho la visita.

Amelia.—¡Qué se pierde!...

Carmen.—¿Perderse? Nada. Pero no me gusta esa gente... Ni soy duquesa de Goya, ni vivo en los tiempos de Pepehillo. Quizás en el porvenir no haya corridas de toros y sea entonces la mujer española más española y más mujer. Corridas no las había en los tiempos de la Reina Católica, que según un cronista, porque también tengo yo mis lecturas, sabía coser con la misma aguja los vestidos del Rey Católico y los vestidos de la patria. El pulso del españolismo y de la mujer, sobre todo, no debiera buscarse en ese espectáculo.

Trini.—?De qué murmuráis?

Teresa.—Del sol, la luna y las estrellas.

Trini.—Y ¿qué mal os hizo el sistema planetario?

Teresa.—¿Y el sistema planetario a tus autores favoritos para que llamen astros a los toreros?

Trini—Verde y con asas... (Suena la campanilla.) En nombrando al ruin de Roma...

(Preséntanse Rafael «Ojitos», el conde de la Adelfa, don Miguelito y «Piltrafa». Don Miguelito cojea horriblemente.)

Rafael.—(Con dejo de cómica solemnidad.) Trini, Carmen, señoritas: tengo el gusto de

presentarles a Francisco Pérez García «Ojitos», una esperanza del arte de Cúchares y «Frascuelo».

«Ojitos».—Estimando.

Rafael.—También las presento al conde de la Adelfa, fervoroso protector de «Ojitos», Mecenas de la tauromaquia, y al popularísimo don Míguelito González, y al simpático «Piltrafa», flor y nata de los revisteros taurinos.

Trini.—(A don Miguelito.) ¿Usted también torea?

Don Miguelito.—¿Yo, niña? ¡Caracoles...!

Trini.—¿Caracoles?

Don Miguelito.—¡Caracoles con la señorita!

Rafael.—Don Miguelito torea desde la barrera; es el apoderado de nuestro diestro. A medida que éste suba, subirá Don Miguelito. Estas señoritas, amigos míos, no han visto jamás, ni de cerca ni de lejos, un torero. Sólo saben de ellos por los periódicos y las novelas.

«Piltrafa.»—¡Oh, la literatura taurina! Rico romance de las proezas de estos valientes.

«Ojitos.»—Yo no sé de esas novelas porque casi me estorba lo negro. Pero creo que lo que digan será la fija, la «chipén». Aperreos,

noches mardesías, días sin sol, jambres sin pan, roar como guijarros, topetasos de los trenes, culatasos de los siviles, lluvia sin paraguas, llanto como lluvia, patás y revolcones. Si no se dejan las tripas en un corral, ya es uno hombre. Después, si empuja la selebriá, a viví. Sino, a morí, a pudrirse de coraje, de «canguelo», de vergüensa...

Trini. — (Aparte.) ¡Qué pintoresco!

Amelia, Teresa y Carmen. — ¡Qué bruto!

Don Miguelito. — Esa es la «chipén».

Conde. — Ha hablado como Cicerón.

«Piltrafa». — Pero cuando pinta la suerte...

«Ojitos». — Entonces, to son tortas y pan pringao y billetes y parmas y er delirio.

Trini. — Qué emociones, ¿verdad?

«Ojitos». — Emosiones... pero no como ustés se las figuran...

Trini. — A ver..., a ver...

«Ojitos». — Cuando está uno a braso partío con el toro, de lo que menos se acuerda uno es de la selebriá. El coraje le anubla a uno la vista y se güerbe uno más animal que el toro. Tóo es tirarse puñalás uno y otro. Pero como uno tié más picardía, pues uno mata; a no ser que haiga un descuio y en-

tonse el que dá la puñalá es el asaura del toro y uno se quea allí jecho un guiñapo, jasta que le meten en la enfermería, y le dan inyesiones... de... de...

«Piltrafa». — De suero.

«Ojitos». — Eso.

Trini. — Vamos, no nos emocione usted.

Rafael. — Toca algo al piano, Trini, para que se nos quite la mala impresión.

Conde. — Sí, señorita, se lo rogamos; toque algo al piano y desátenos el nudo que nos ha puesto este hombre en el corazón.

Trini. — Tocaré un aire de Andalucía.

Rafael. — (Aparte a Carmen.) Habrá que traer algo para obsequiar a esta gente. Es costumbre. (La entrega con disimulo una moneda.)

Carmen. — (Aparte a Teresa.) Oye, Teresa; va a subir la chica a tu casa por lo necesario... No tenemos vasos ni copas.

Teresa. — Si, hija. No faltaba más. Lo que tú quieras.

(Se ausenta Carmen y se forman dos grupos. En uno flirtean Trini y el torero y en el otro los demás personajes. Poco dura la ausencia de Carmen. Vuelve a poco acompaña-

da de la criada. Esta conduce una botella, copas y una bandeja con pastas Rafael reparte cigarros.)

Trini. — (A «Ojitos».) ¿Le gusta a usted la música?

«Ojitos». — Me mato por las personas que tocan como usté.

Trini. — Es usted muy lisonjero. (Ante la cara de asombro de «Ojitos».) Digo que exagera usted.

«Ojitos». — Por vía é. Si paese mentira que con esas manos tan repequeñillas pueda usté jasé lo que jase. Más mérito tié eso que matar toros. Usté sí que los mataba con sólo mirarlos.

Trini. — ¿Mirándolos?

«Ojitos». — ¿Pos usté no sa visto al espejo los ojos?

Trini. — Otra vez lisonjero. ¿No teme usted que se entere Rafael?

«Ojitos». — ¿Qué mal hay en esto? ¿Qué mal hay en esto que le debe a usté pasá con tóo el mundo?

(Se oye el timbre de la puerta y aparece la criada, dando muestras de azoramiento. Cu-

chichea con Carmen y ésta lo hace con Rafael.)

Rafael. — Basta, Trini, de música y agradecidísmos a tu condescendencia. Damos por terminada la reunión.

Trini.—Pero ¿de verdad se van ustedes?

Carmen.—(Al oído de Trini.) Ha venido papá. (Todos se van despidiendo.)

(Carmen y Trini quedan solas. La primera hosca y malhumorada, aunque paliando su enfado con dulcísima expresión de resignación y tristísima humildad, La segunda más inconsciente que nunca, saboreando en su loco magín el asalto de alguna descabellada idea.)

Carmen.—Creo que esta vez ha sido providencial la llegada de papá, porque, dichosamente, ha venido a interrumpir tu flirteo con el torero.

Trini.—¿Le quieres para ti?

Carmen.—Ni para mí, ni para ti.

Trini.—Si no le quieres para ti, deja que los demás dispongamos de nuestro albedrío. Acuérdate de las marquesas y las condesas de Goya.

Carmen.—Estás, efectivamente, loca, y no

tienes tú la culpa. ¡Ah, si ese hombre que nos tocó en suerte para padre quisiera abrir los ojos y ver!...

Trini.—No quiero que me indigestes mi flirteo con tus monsergas.

(Carmen queda llorando, actitud en que la sorprende su padre, que entra cejijunto, hirsuto, huraño, sombrío.)

Don Ricardo.—Bien os regodeáis, bien. Bien añoráis la ausencia del sér querido. Bien se echa de ver que no tenéis la cabeza en su sitio.

Carmen.—¡Papá!

Don Ricardo.—Tú y la otra, así. (Haciendo ademán de barrenarse la sien con un dedo.) Mochales, como se dice ahora. Y tú más culpable, porque eres la mayor.

Carmen.—Nada ha ocurrido aquí que pudiera avergonzarnos.

Don Ricardo.—¿Y esa jaranita, con toreros y todo?

Carmen.—¡Con toreros y todo! Estás muy mal informado. Un solo torero, amigo de Rafael, presentado en casa por éste. Sin la presencia de Rafael no entrarían hombres en casa.

Don Ricardo.—Bueno, bueno. Menos monserga. ¿Sabes a qué he venido? A que me hagas un pequeño préstamo.

Carmen.—¿Un préstamo yo? Si he tenido que empeñar hasta la papeleta del reloj de mi madre, para poder dar algún dinero a la chica.

Don Ricardo.—¿Cuándo fué eso?

Carmen.—Ayer.

Don Ricardo.—Pues anda, rica, anda y sácale con maña ese dinero a la chica, si no lo ha gastado.

Carmen.—¡Pero, papá!

Don Ricardo.—Anda, anda y obedece. (Vase Carmen en actitud de resignación infinita.)

(Husmea don Ricardo, y al hallar la botella y las copas, bebe algunos tragos, que se escancia lentamente.) Y dice Carmencita que no tiene dinero. ¿Regalan estas cosas?

Carmen.—Aquí tienes dos duros que, de los tres que la dí, le quedaban a la muchacha.

Don Ricardo.—Gracias, hija mía. (Hace ademán de salir.)

Carmen.—¿Vas otra vez a la calle?

Don Ricardo.—Sí, hijita. Tengo empeñada una partida de tresillo.

Carmen.—¡Pero, papá, por Dios! ¡Que llevas tres días sin parecer por casa!

Don Ricardo.—Ya me desquitaré cuando pueda. (Vase.)

Carmen.—(Dejándose caer, desalentada y vencida, en una silla.) ¡Dios mío! ¡Cuánta iniquidad! ¡Qué vergüenza!

JORNADA SEGUNDA

(La misma decoración de la jornada primera. Sentadas junto a la mesa cosen Carmen y Trini.)

Trini.—(Arrojando con violento enfado la costura sobre la mesa.) No puedo más. Cuatro horas haciendo vainica para ganar dos reales. Esto es una explotación miserable.

Carmen.—(Con reconvención.) ¡Trini!

Trini.—Súfrelo tú que pareces haber venido al mundo para aguantarlo todo.

Carmen.—¡Qué remedio!

Trini. — ¿Qué remedio? Insurreccionarse, protestar, buscar por otros caminos el logro de las aspiraciones. Esto es ser una esclava sin opción ni a quejarse.

Carmen.—Ya pasarán estos malos tiempos.

Trini.—Sí, sí, pasarán, y llevamos así no sé cuantos años, en este lento martirio, taladrándonos los dedos con la maldita aguja, mientras que papá se tira alegremente la paga como juvenil calavera. ¿No tengo razón para indignarme?

Carmen.—La tienes, y, sin embargo, no debiera salir de tus labios un reproche. Además, para tí pasarán pronto estas cosas.

Trini.—Ta, ta, ta. ¿Quién ha visto la boda?

Carmen.—¿Qué dices?

Trini.—No digo nada.

Carmen.—Comprendo que los nervios te hagan decir cosas que están a cien leguas de distancia de tu pensamiento. Serénate y ten calma, Trini. Todo tendrá una solución adecuada a la medida de tu deseo. ¿Por qué desesperarse? Con dejar estallar los arrebatos de nuestra pasión no hemos de torcer el curso de los acontecimientos. Mejor es tomarlos con serenidad, y así, tomándolos con calma, pueden contribuír esa serenidad y esa calma a dejarnos ver con más clarividencia el lado práctico de las cosas, para que podamos elegir la que más nos convenga.

Trini.—Dichosa tú que tienes esa calma que es, después de todo, cuestión de temperamento.

Carmen.—O de reflexión.

Trini.—No. Porque si sintieras alborotado el corazón, saldría ese alboroto al exterior, sin que fueras dueña de evitar el estallido.

Carmen.—Estás enteramente equivocada. En fin, no discutamos. (Suena el timbre de la puerta.) Debe ser la chica. Voy a abrir y a dar una vuelta por la cocina. Hazte cargo de la labor que traiga la muchacha.

(Penetra la criada sigilosamente, haciendo muecas y visajes a Trini. Trae un paquete con labor y oculto, en una mano, un objeto hacia el que llama con visible mímica la atención de Trini. Esta desarruga el ceño y sonríe.)

Criada.—Más vainica... Cuatro tiros le daba yo al tío aquel de la tienda. El muy...

Trini.—¿Te ha sucedido algo con él?

Criada.—«Pos» menuda fresca me ha endilgao a cuenta de la labor. A ese «endeviduo» lo que le achara es que no vayan las dos hermanitas a llevar la labor. Menudos chicoleos se traía antes con la señorita.

Trini.—Por eso ha querido mi hermana que vayas tú.

Criada.—Bueno. Que le den morcilla. ¿A que no acierta usté lo que le traigo aquí? (Mostrando el puño cerrado.)

Trini. — Me da el corazón lo que es.

Criada. — Una cartita del torero. Tómela, señorita. Qué le hemos de hacer. El pobrecillo se puso medio loco con la que le llevé. La besó y todo delante de mí. Y me dió un duro.

Trini. — (Que no hace caso de la charla de la criada, leyendo.) «Apresiable Trini». Qué ortografía. Ortografía de torero. Pero a éste le haré yo que aprenda a escribir. O le escribiré yo las cartas. Yo seré el cerebro y él el corazón; yo la cabeza que piense y él el brazo que dé las estocadas.

Criada. — Eso, eso, señorita. Bien hablao. ¿No ha de enamoriscarse tóo el mundo de usté?

Trini. — (Sigue leyendo.) «Aunque es una esaborisión lo que vamos a jasé con el pobre Rafaé, esto no tié remedio. Ni tú ni yo somos culpables de lo que pasa. Nos vimos y nos quisimos. Que culpen a tus ojos, que culpen a tu grasia, que culpen a mi suerte. Pero esto

hay que jaserlo como Dios manda. No serás tú la primera que deje a un novio por otro. A mí me llueven las contratas. La corría del domingo ha puesto mi cartel por las nubes. Menuo porvení nos espera. Pero vamos a lo que importa. Lo que importa es que tú se lo digas a tu hermana y yo a Rafaé. Las cosas claras y el chocolate espeso. Como nosotros no traisionamos a naide, nada debemos temer. Con que ya lo sabes, chiquilla. Duro y a la cabesa. Y «totis contentis.» (Riendo.) ¡Qué pintoresco! Pero tiene razón este hombre. Me ha chalao. Con él, la felicidad, el estruendo, la vida, todo; sin él, el tedio, el cansancio, el aburrimiento. Vamos a ir ensayando sus consejos. Aquí viene Carmen. Prevengamos a la madre abadesa.

Carmen. — ¿Qué ha traido la chica?

Trini. — Más vainica, que vas tú a hacer en compañía de Rita.

Carmen. — ¿De qué Rita?

Trini. — De quien lo hace todo cuando algo nos aburre.

Carmen. — ¡Ah! vamos. Te declaras en huelga.

Trini. — Completamente en huelga. Y mira,

Carmen, basta de ficción. Yo he resuelto mi porvenir y conviene que hablemos clarito.

Carmen. — ¿Qué mayor claridad que las últimas manifestaciones de Rafael?

Trini. — No van por ahí las cosas.

Carmen. — Hija, no te comprendo.

Trini.— Pues me vas a entender de una barbotada. Yo no me puedo casar con Rafael.

Carmen. — ¿Cómo? ¿Qué dices? Tú has perdido el juicio.

Trini. — No he perdido el juicio. No me caso con Rafael. No es mi tipo. Me encocora para marido.

Carmen. — Por bromista que seas, no tienes derecho a abusar hasta este extremo de mí.

Trini. — Pero ¿cómo demontres quieres que te diga las cosas? ¿No has advertido siempre en mí un desdén, que no he podido disimular del todo, hacia Rafael? ¿No has advertido que en mi condescendencia a mantener con él relaciones, había el impulso de una ostensible piedad y gratitud por su comportamiento?

Carmen. — Pero ¿te das cuenta de la magnitud de esa resolución?

Trini. — Porque me doy cuenta, te hablo tan claramente.

Carmen. — Y esa gratitud, ¿no te presta alientos para someterte a lo que, después de todo, no es ningún sacrificio?

Trini. — Hija, sí que lo es. Estar toda la vida con un hombre que no se quiere para marido... Pues me gusta. Además, ha habido peripecias que han ahondado estos escrúpulos. Y te lo diré sin circunloquios: sí, estoy enamorada. Pero no de Rafael.

Carmen.—¿Te ha salido otro novio?

Trini.—Me ha salido otro novio. ¿No adivinas quién es?

Carmen.—¿Cómo adivinarlo?

Trini.—Pues, el torero.

Carmen.—¿«Ojitos»?

Trini.—«Ojitos». Con él me he de casar, o no me caso con nadie.

Carmen.—De manera, que le preparas un doble desengaño a Rafael: tu desvío y la traición de su hermano de leche.

Trini.—¡Qué traición, ni qué niño muerto! Son cosas de la vida, en las que apenas pone la voluntad el menor esfuerzo. ¿Qué culpa tiene el torero de haberme gustado? ¿Qué

culpa tengo yo de haberle hecho «tilín»? ¿Y qué culpa tiene tampoco «Ojitos» de que se haya enamorado de él la novia de su hermano de leche? ¿Es, acaso, que las cosas de la vida no tienen hondas rectificaciones?

Carmen.—Sí que las tienen; pero desgarrando a veces el corazón y el alma.

Trini.—Vale más que desgarren el corazón y el alma, que el honor y la conciencia.

Criada.—(Entrando, con atolondramiento.) Señoritas, el torero.

Trini.—¿Qué dices?

Criada.—Que está ahí el torero, y quiere hablar con la señorita Carmen.

Carmen.—¿Conmigo? Debes haberte equivocado.

Criada.—No me he equivocado, señorita. Muy claro me lo ha dicho; quiere hablar con usted.

Trini.—Por si es o no es, yo me quito bonitamente de en medio.

Criada.—¿Qué le digo, señorita Carmen?

Carmen.—¿Qué le has de decir? Que entre. ¿Qué me querrá este hombre? Tan vehemente es, que se presenta en esta casa, saltando por todas las consideraciones y conveniencias.

«Ojitos».—(En el umbral de la puerta, vacilante e irresoluto, dando vueltas en las manos al sombrero.) ¿Da usté su permiso, Carmen?

Carmen.—Pase, pase usted.

«Ojitos».— Perdone usté que la moleste. Hay cosas en esta repajolera vía, que le ponen a uno más loco que una espuerta de gatos.

Carmen.—(Con severidad.) Sí, algo de ello me ha dicho mi hermana Trini.

«Ojitos».—¿Que le ha hablao a usté de ello Trini? ¿De qué le hablao Trini?

Carmen.—De esas cosas a que usted alude.

«Ojitos».—Perdone usté, Carmen. De estas cosas no ha podío hablarle Trini, porque de estas cosas la pobesilla no sabe ni esto. (Haciendo significativo ademán con una uña en los dientes.)

Carmen.—Seamos claros. ¿De qué se trata?

«Ojitos».—De don Ricardo.

Carmen.—¿De mi padre? ¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

«Ojitos».—Cálmese usté. Don Ricardo está vivo y sano, pero en un sitío de donde es preciso que salga cuanto antes.

Carmen.—Dios mío. ¿En dónde está mi padre?

«Ojitos».—En la cársel.

Carmen.—¿En la cárcel? ¡Qué vergüenza!

«Ojitos.»—Cosas de los hombres, señorita. Rafaé me ha dicho: Mira, Paco, vé a casa de las niñas y que no pasen cuidiao por lo que les cuenten. Don Ricardo tiene malas pulgas y le ha abierto la cabesa a un cristiano. La «poli» le ha echao el guante. Pero poco hemos de valé sino le sacamos de chirona. Y a eso he venío: a tranquilisar a ustés. Y como usté es la más sentá, me dije, digo, se lo contaremos a la mayor, que a la otra ya tendré tiempo de contárselo despues.

Carmen.—Las cosas que pasan en esta casa son para enloquecer a cualquiera.

«Ojitos.»—¿Y qué quie usté que le hagamos? Las cosas de la vía hay que tomarlas con «fisolofía», tragando saliva y echando el pecho p'alante. Que nos hemos enamoriscao su hermana de usté y yo, «fisolofía»; que don Ricardo es alegrete y no aguanta que se le pare una mosca, «fisolofía»...

Carmen.—Pero ¿ustedes no comprenden que es una locura jugar así con el corazón de los demás? En fin, amigo mío. Yo agradezco a usted sus buenos oficios en lo que respecta

a la situación de mi padre, pero no puedo continuar escuchándole en lo que se refiere a lo demás. Esas cosas deben ustedes arreglarlas sin buscar la complicidad de nadie.

«Ojitos.»—Como eso es en plata despedirme, repito mi encargo: que no pasen ustés cuidiao; que Rafaé trabaja por arreglar lo de don Ricardo y la libro de mi presencia.

Carmen.—(Sola.) ¡Virgen Santísima! ¿Qué pasa en mi corazón? ¿Por qué no me consume la vergüenza ante la conducta de mi padre? ¡Ah, corazón mío! ¿Cómo te has de consumir de vergüenza si, por natural instinto, todos estos contratiempos te levantan del letargo en que caíste vencido y maltrecho?

JORNADA TERCERA

(Igual decoración que en los dos primeros actos. Carmen y Rafael sentados.)

Carmen.—¿En libertad, bajo fianza?

Rafael.—Sí, hijita, gracias a «Ojitos.»

Carmen.—Y gracias a tí, que eres nuestro ángel tutelar.

Rafael.—Lo principal, lo más esencial de todo lo acontecido, es que tu padre me ha prometido solemnemente cambiar de conducta, hacerse un hombre de bien.

Carmen.—Haga Dios que prospere ese propósito... ¡Ay, Rafael!, que amarga es la vida. No bien respira el corazón, libre de un contratiempo, otro contratiempo surge que reclama toda nuestra entereza!

Rafael.—¿Qué sucede?

Carmen.—¿Tú no has estudiado hasta la saciedad el temperamento de Trini? Dolor me causa este interrogatorio; y ¿no has advertido también hasta la saciedad lo voluble y tornadizo de ese temperamento?

Rafael.—Sí, tratándose de caprichos ligeros.

Carmen.—Y cuando se trata de cosas serias, también.

Rafael.—Me pones en cuidado. ¿Ha experimentado variación sensible la inclinación de tu hermana hacia mí?

Carmen.—Sí.

Rafael.—Pero ¿de una manera honda, profunda?...

Carmen.—De esa manera.

Rafael.—Nada temas, hablándome claro. Mi corazón, que late sereno y sin temor alguno, es el mejor regulador de mi conciencia. Como no hago daño a nadie, está mi corazón tranquilo, y aun infiero que nadie, absolutamente nadie, se lanza a una determinación por el solo capricho de perpetrar el mal, apartándose con delectación del bien.

Carmen.—Eso, desde luego.

Rafael.—¿Qué le sucede a Trini?

Carmen.—Que no se conceptúa feliz casándose contigo.

Rafael.—Y ¿cómo ha podido advertirlo?

Carmen.—Cuando, a la vista de otro hombre, ha sondeado su corazón.

Rafael.—Luego, hay quien me suplanta...

Carmen.—(Con arrebato.) Como pudiera haber quien suplantara a Trini...

Rafael.—¿Quién me suplanta en el corazón de tu hermana?

Carmen.—El torero. Sin duda estabas ciego, Rafael, cuando no advertiste que pasaría la inclinación de Trini como el más fugaz de sus caprichos.

Rafael.—Pero haber alimentado tanto tiem-

po y tan erróneamente esta esperanza, para venir a parar en este fracaso solemne. Hasta ridículo me parece, Carmen, todo esto.

Carmen.—Estás en un error. Ni esto es fracaso, ni es tan ridículo como presumes. (Muy emocionada.) Dichosos los que pueden ostentar y gritar y vociferar sus inclinaciones y sus impulsos...

Rafael.—No sé, Carmen, qué advierto en tu voz: aliento sin dicción, emoción sin palabras, oculto sentido de cosas que me hablan de posibles felicídades, de rectificaciones dichosas. Dijiste, y creo que con intención, que también pudiera haber quien suplantara a Trini. Alguna vez alborótose, como niño travieso, mi pensamiento, al contemplar el contraste que ofrecíais ambas hermanas, bellísimas ambas, pero tú, reflexiva y juiciosa, nacida para hacer la felicidad del hombre que alcanzara la dicha de conmoverte. Y de todo esto deduzco que mi media naranja no era, efectivamente, Trini.

Carmen.—Ya lo estamos viendo.

Rafael.—Y ¿dónde buscar esa media naranja, ahora?

Carmen.—(Con arrebato y explosión in-

contenibles.) Quizá sin salir de esta casa pudieras hallarla.

Rafael.—(Corriendo al lado de Carmen, cogiéndola una mano y besándola.) Me lo daba el corazón. Pero acaso sólo por gratitud...

Carmen.—Por amor, Rafael; por inmenso amor; por oculto amor; amor que hubiera sabido sacrificarse, para que los demás hubieran sido dichosos.

«Ojitos».—(Desde el umbral de la puerta.) *Totis contentis.*

Mariano Sánchez de Enciso.



Industrial Gráfica. Reyes, 21.—Madrid